

Boquita Dreamer

Adelaida Álvarez Burgueño

Image not found.

Capítulo 1

1.

Tristeza gallinácea

Lo primero que vi cuando entré en la cocina fue el culo generoso y respingón de los García. Por fortuna, yo no lo había heredado. Mamá canturreaba mientras le daba enjuague a la vajilla cuando le asalté. Dio un brinco y un plato cayó al suelo.

- Mamá, ¿cómo se dice cuando estás muy muy aburrida, tanto, que llegas a desesperarte?

- Aburrimiento - respondió sin girarse, mientras recogía del suelo la loza hecha añicos.

No me convenció, en realidad buscaba algo más, como siempre ha sido y sin saberlo todavía. Estaba segura de que por fuerza debía existir una palabra diferente a aburrimiento, algo más intenso, con más garra.

- ¿Para qué quieres saber eso? - el chorro de agua seguía abriéndose paso, mi madre se giró entonces hacia mí y paró con los platos.

Me senté en el suelo detrás de ella y respiré hondo. La observé con detenimiento, cuando vestía así me recordaba a la criada de Escarlata O'Hara.

- Porque me aburro, mamá, y ya no tengo a Angustias. La matasteis entre todas. Además de aburrida, también estoy triste.

Entonces puso los ojos en blanco.

- Anda, niña, no digas pamplinas- volvió a girarse y siguió limpiando.

Así empezó la historia de cómo a mis once años conocí por primera vez el significado de la palabra tedio. No fue fácil. Encontrar un diccionario en esta casa era y sigue siendo un asunto complicado, pero después de la muerte de Angustias y de mi experiencia aquí, ya desde entonces, necesitaba ponerle nombre a aquellas sensaciones que siendo niña no

hubiese sabido nombrar todavía.

Buscar en un diccionario al revés, además, tampoco es una tarea sencilla. Por lo general, lo que se suele investigar es el significado de una palabra después de haberla leído o descubierto dondequiera que sea. Yo me vi obligada a hacerlo a la inversa, dada la incapacidad resolutive de mi madre y de Abuela para con el lenguaje.

Sabía que en el piso de arriba de esta casa, medio anciana y pueblerina, se aburría incluso más que yo un arcón polvoriento, arrinconado, en el olvido. Sospechaba que contenía algún que otro libro viejo y demás documentos que amarilleaban hacía ya años, incluso antes de la muerte del abuelo y de la huida de papá, pero no del fallecimiento de Angustias, que es lo que en apariencia más me importaba entonces. Me imaginé el arcón como una especie de caja de Pandora repleta de vete a saber qué misterios y supuse que mi palabra podría estar durmiendo allí dentro.

Decidí que debía encontrarme con ella en secreto. Si existía, estaría esperándome, lo sabía porque había leído unos días atrás en algún sitio una frase de un autor cuyo nombre no recuerdo ahora que decía algo así como: "Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos." ¿Dónde debí de leer aquello? Fuese como fuese, ese mismo día, cuando nadie me viera, me dirigiría a la cita secreta con mi palabra para encontrarla.

Era noche cerrada y todas en la casa permanecían ya en sus dormitorios. O alcobas, como le gustaba decir a Abuela. Como yo soy parte de todas, también estaba en mi cama, y entonces determiné que ése era el momento de actuar.

Puse un pie en el terrazo frío para bajar de mi cama y salí de mi habitación procurando no hacer ruido. Dejé a mi paso la puerta entreabierta, tratando también de sofocar cuanto pude el chirrido de las bisagras, que también debían de ser más viejas que Matusalén, como la casa. Avancé sigilosamente por el pasillo, como un ladrón de guante blanco. Iba a dejar atrás primero la habitación de mamá. Me detuve un segundo junto a la puerta. Algún ronquido suave, duerme, pensé. Todo bajo control, estaba segura de que me hubiese caído una buena reprimenda si mi madre hubiese sabido que iba allá donde los trastos a remover polvo, con la alergia que tiene la mujer... Seguí avanzando, la siguiente estancia era la de Abuela. Y esta vez me detuve porque pude oírla hablar con alguien. Estaba hablando con alguien y puedo recordar cómo aquello me sobrecogió, no vivía nadie más en esta casa aparte de nosotras tres, y ya había comprobado que mamá dormía. Pegué mi oreja

a su puerta para tratar de escuchar un poco mejor.

- Pero, Eustaquio, ¿por qué no me llevas al baile? Que tienes mucho trabajo dices... No... No, mentira. Pues todos los hombres del pueblo llevan a sus mujeres al baile los domingos -hizo una pausa como esperando una respuesta- que sí, que sí, ¡pero llévame!

Con alivio, bajé los hombros que había tensado unos segundos antes. Suspiré. Sólo estaba hablando con mi abuelo, siempre lo hacía. Abrí la puerta y entré en la habitación para calmarla.

- Abuela, vamos, es hora de dormir. ¿Con quién hablas?

- Con tu abuelo. Déjanos, niña, que esta noche seguro que consigo hacer que baile -me respondió Abuela.

- Pero, abuela, ¿te das cuenta de qué hora es? Y deja tranquilo al abuelo, que ya lleva tiempo descansando el pobre -traté de meterla en vereda para calmarla y que se durmiera de una vez.

- Mis muertos son sólo míos y los horarios los pongo yo - se giró sobre sí misma en la cama, hacia el otro lado, y cogiendo la sábana se cubrió entera hasta las cejas, ya despobladas y blanquecinas.

Salí de la habitación de Abuela y proseguí mi marcha. Nunca me ha gustado caminar en la oscuridad, así que cuando llegué al salón y antes de dirigirme a la puerta que da al patio, encendí la luz. Encima de la mesa seguían los tres platos Duralex con restos de gazpacho y pollo con tomate de la cena. Me acerqué al que había sido el mío y repasé con el dedo índice los restos de tomate frito casero, me lo llevé a la boca y me relamí de nuevo. Mmm... tomate pera, el oro extremeño, recuerdo que pensé. Delicioso. Y, de nuevo, proseguí mi marcha.

Salí del salón y atravesé el patio en dirección a la escalera a la intemperie. Peldaño a peldaño llegué al piso de arriba y abrí la puerta custodiada por una fila de hormigas escaladoras. ¿Pero las hormigas trabajan también de noche? Me pregunté.

Al entrar, pulsé el interruptor de la luz y la bombilla mugrienta se encendió. Trastos, muchos trastos. Al fondo divisé el arcón, me acerqué, lo abrí y empecé a escudriñar su interior: listines de teléfono antiguos, cuadernos de facturas (de la churrería de mamá, imaginé), y algunas revistas igual de polvorientas que el resto. Y entre toda la panoplia hibernante, encontré lo que buscaba: Diccionario de la lengua castellana, de la Real Academia Española. La edición era antigua, por supuesto, y la RAE, parece que cada día más moderna, pero habría de servirme de igual

forma.

Repasé todas y cada una de las definiciones pasando por alto sus palabras. Aburrimiento, desgana, apatía, fastidio... Algunas de éstas últimas coincidían en mayor o menor medida con lo que estaba buscando. Dediqué horas a revisar todas las páginas en busca de la palabra mágica.

Con suerte, todo esto ocurrió un viernes y a la mañana siguiente no había colegio, porque, finalmente, llegó cuando daban las tres de la madrugada:

tedio

Del lat. taedium.

1. m. Aburrimiento extremo o estado de ánimo del que soporta algo o a alguien que no le interesa.
2. m. Fuerte rechazo o desagrado que se siente por algo.
3. m. desus. Gran pesar.

Era perfecta. Tedio sonaba a palabreja espléndida y lo resumía prácticamente todo. Sonreí y dirigí la vista al techo para llegar a la conclusión de que ese libro era quien de verdad me comprendía en aquella casa de locas y saborías. Volví a bajar la mirada y cerré el diccionario. Cerré también el arcón sin devolverle a mi nuevo tesoro y emprendí el regreso a mi alcoba, como dice Abuela, con mi nueva palabra bajo el brazo, de nuevo sigilosa y ya por aquél entonces entediada de mí.

Entré en mi habitación, me acerqué a la mesilla de noche y guardé el diccionario en el primer cajón, después de soplar la tapa llena de polvo.

Había perdido a Angustias unas semanas antes. Por aquél entonces tenía sed de nuevos amigos, afán de un compañero nuevo de juegos o simplemente un poco de compañía.

Era tradición local que todos los domingos por la mañana las familias desfilaran en tropel hacia la churrería de mamá. Un puesto modesto en forma de furgoneta de feria de variedades justo delante de casa, que se parecía a la mítica Citroën H. Mi madre era la churrera oficial del pueblo, porque no había ninguna más, supongo. Yo le ayudaba con la masa y el

aceite en mis ratos libres, que eran todos los que no ocupaba en el colegio y los veranos interminables de piedras y lagartijas.

Mientras las familias llegaban para procurarse un buen desayuno de porras y churros con chocolate, yo acostumbraba a hacerle a mi madre todo tipo de preguntas: que cuántos kilos de harina se necesitaban para tantas personas, que cuántos kilos de azúcar, que si el aceite se reutilizaba, que cuánto pagaba de recibo de luz y que si no le parecería mejor sustituir el cartel de "Churros García" por uno más moderno con luces de neón, de esos que parpadeaban en los moteles americanos.

Mamá siempre me respondía cosas similares cuando creía que ya habían sido suficientes las preguntas:

- Ay, niña, cállate ya y acércame el barreño azul, que tengo mucha faena.

Aquella mañana del domingo aquél del alumbramiento de Angustias se arremolinaron muchas personas delante del puesto, quizás porque querían aprovechar los últimos días de verano o porque debieron de pensar los muy mundanos que estábamos a las puertas de una guerra y necesitábamos azúcar. Yo estaba agachada sacando un saco de harina de una caja de fresones de Huelva y cuando me incorporé fijé la vista, de forma aleatoria, en la casa de la acera de enfrente, la de la Rafaela la macha.

En el recibidor podía verse el acceso al corral de la Rafaela, y entonces vi desde donde pude ver una gallina preciosa, con el pelaje más brillante y más cobre que había visto jamás. La visión fue reveladora. Nunca había tenido una mascota, mis amigos del colegio se habían largado del pueblo y yo no tenía a nadie con quien jugar en los siguientes días de 37º a la sombra. "Voy a secuestrar a esa gallina", me dije. "La secuestraré, la bautizaré y me acompañará el resto de mis días y de mis noches. Le enseñaré a hablar y a leer. Nadie ha dicho nunca que las gallinas no tengan esa capacidad, y que ninguna antes lo haya conseguido no prueba que el resto no puedan hacerlo." Hacía unos días había visto en la tele una entrevista con un científico catalán, parecido a Krusty pero con el pelo blanco, que argumentaba que el hecho de que saliera el sol cada día no era prueba de que volviera a salir mañana, y que el hecho de que el resto de los hombres muriera, no era prueba tampoco de que él fuera a morir algún día.

Aferrada entonces a estas teorías, atornillé mi determinación.

Giré mi vista hacia el interior de la furgoneta para observar a Abuela, que seguía sentada en un rincón del vehículo cazando moscas con la mano y la mirada perdida. Parecía a veces que su ojo derecho quería escapar de su

cuenca.

- Abuela, ahora vuelvo. Dale esto a mamá- le dejé el saco de harina en el regazo.

Ah, el regazo de abuela, que tantas horas ocupaba de chiquitita, cuando ella todavía no cazaba moscas con la mano. Demasiados regazos vacíos ahora en las butacas de esta casa vieja.

Dos escalones metálicos abajo después, ya había escapado de Churros García sin que mi madre se diera cuenta. Me adentré en el tumulto de gente ansiosa de churros y porras que gritaba "¡Macarena, ponme 1kg pa' la niña!", "El Tomás, que sa colao!", y avancé entre codazos y lluvias de azúcar hasta que llegué a la puerta del cortijo de Rafaela la macha.

Rafaela no me vio, estaba apoyada en el umbral demasiado concentrada hurgando en su nariz y observando la hecatombe churrerística.

Así que me escabullí y entré en el corral, deseando hacerme dueña de la gallina bonita. En cuanto pisé la tierra todas las gallinas se volvieron asustadas, me miraron un instante y, de golpe, empezaron a batir sus alas para alzar el vuelo. El corral no tenía cubierta y todas ellas, una a una, consiguieron huir volando. El cielo se llenó de gallinas y del susto cayeron decenas de huevos que tiñeron de amarillo la tierra batida del cortijo.

Todas volaron excepto una, mi gallina. Angustias quedó inmóvil en el centro y un halo de luz la alumbró como a una virgen gallinácea. Entonces supe que era mía, y que el destino había querido que nos encontráramos, como con mi palabra tedio unas semanas después de todo aquello. Corrí hacia ella, la abracé con todas mis fuerzas y le dije:

Te llamarás Angustias, mi gallinita.

Estoy segura de que en aquél momento Angustias me sonrió, y en el momento actual sé que quise hacer de ella un mecanismo de evasión más que a una amiga.

La cargué en mis brazos como a un bebé y salí de la misma forma que había entrado. Cuando volví a la churrería, la escondí en una de las cajas donde se guardaba el azúcar. Al poco tiempo escuché los gritos de Rafaela la macha: "¡mis gallinas! ¿dónde están mis gallinas!?". Y en un rato más, los gritos de un cliente: "¡estos churros tienen plumas!". Pero Angustias ya estaba conmigo e iba a ser mi nueva compañera de juegos, nada podría arrebatarme eso.

Dos semanas y media y varios jaleos de plumas después, Rafaela la macha descubrió que había sido yo la culpable después de verme pasear a mi gallina por la plaza con una correa al cuello. Ese fue el tiempo que pude disfrutar a mi Angustias... pero fue un tiempo maravilloso. Angustias vivía en el patio de nuestra casa y nunca le faltó de nada. Y cuando mamá se despistaba, la dejaba dormir conmigo, ella, mamá, no sabía por qué había una gallina en casa. Angustias me hizo muy feliz, fue un agradable animal que se dejaba besar y abrazar cuando las dos más lo necesitábamos. Consiguió que me planteara ciertas cuestiones como si fue primero el huevo o la gallina, o de qué lado del terrado cae un huevo si una gallina pone en lo más alto de una casa. Recuerdo que tuve que sujetarla bien entre las tejas el día del experimento y ponerle una estufa al lado para que pusiera un huevo. Nunca lo llegué a averiguar, porque no tenía gallo. Pero qué fiel compañera de juegos, no habían tenido jamás tanta paciencia conmigo. Cómo giraba su cabeza para mirarme con el otro ojo. Angustias, mi amada Angustias. Pero entonces, llegados al punto álgido de mi felicidad con mi mascota, se mascó la tragedia.

Rafaela la macha camufló una nota en el billete con el que pagó a mi madre el cuarto de kilo de churros tres domingos después. En la nota se podía leer: "Macarena, sé que ha sido tu hija. Ella tiene a la última gallina de mi corral, la única que no voló. Quiero al animal de vuelta".

Que mi madre me traicionara y entrara esa noche en mi habitación para llevarse a Angustias sólo podía tener una explicación: el descomunal orgullo que sentía hacia sí misma y el rechazo absoluto a la deshonra; era un poco japonesa en ese aspecto. También tuvo algo que ver su estoica determinación de que hacía lo correcto en cada momento, incluso traicionarme. Su hija no podía ser una ladrona de gallinas.

No escuché nada mientras dormía esa noche, ni los pasos de mamá ni el cacareo de Angustias, no me di cuenta de cómo mi gallina salía de mi vida.

A la mañana siguiente no estaba. Ni durmiendo en mi cama, ni en el patio. Pregunté a mamá pero me hizo caso omiso, como casi siempre. Y pregunté a Abuela, pero estaba demasiado ocupada cazando de nuevo moscas con la mano.

A la hora de comer llegué llorando y el plato del día era caldo, un sabrosísimo caldo que sabía a luto y a angustia. Ese día mamá tenía una invitada especial: Rafaela la macha. Cuando tomé la primera cucharada, el sabor se fue transformando en otro sentido, en un olor familiar. Entonces levanté la vista y vi a mamá y a Rafaela riendo como en una

película mala de villanos en technicolor y lo comprendí todo: entre las dos habían matado a Angustias. Acabaron con ella, la habían convertido en ese caldo tan sabroso que yo misma estaba tomando. Escupí a mi pedacito de gallina líquida para no ser partícipe de la masacre y me levanté de un plumazo, mi silla cayó al suelo. El golpe sordo devolvió a Abuela a la tierra, quien me miró y preguntó:

Merceditas, ¿qué le pasa a la niña?

Mi rabia se desplazó a mi dedo índice que las señaló como culpables:

¡Ojalá el fantasma de Angustias os perturbe cantando el resto de vuestros amaneceres! ¡Que no descanséis nunca!

Niña, no digas tontás. Las gallinas no cantan - respondió mi madre.

¡La mía sí lo hará, aprenderá a hacerlo para incomodaros! - recogí el reguero

de lágrimas en la palma de mi mano y les arrojé todas las gotas, había tanta agua salada que a Rafaela la macha se le rizó el pelo de golpe.

Me encerré en mi habitación y seguí llorando el Tajo y el Guadiana en posición fetal. Por la tarde me fui a la cocina, rebusqué en la basura y rescaté los huesos de Angustias. Los huesos y una pata.

Me llevé lo que me quedaba de mi amada gallina de regreso a mi habitación y me puse a pensar en qué hacer con aquello; se me ocurrió que lo mejor era organizar un funeral digno.

Aquél episodio me costó unos días de depresión que sólo pude mitigar cuando logré concebir para Angustias un entierro digno en el patio con sus restos rechupeteados. Cavé un pequeño hoyo y eché todo lo que quedaba de mi compañera de aventuras. Todo excepto la pata, que guardaría como amuleto y recuerdo para siempre.